De cómo llegó Plash-Goo al País que Nadie Desea
Lord Dunsany



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

En una choza con techo de paja, de tan descomunal tamaño que podríamos considerarla un palacio, aunque no fuera más que una choza por su estilo constructivo, sus vigas de madera y la índole de su interior, vivía Plash-Goo.

Plash-Goo era uno de los hijos de los gigantes, cuyo monarca era Uph. El linaje de Uph había menguado en corpulencia durante los últimos quinientos años, de manera que ahora los gigantes no sobrepasaban los quince pies de altura; no obstante, Uph comía elefantes, que atrapaba con las manos. En la cumbre de las montañas que rodeaban la casa de Plash-Goo -pues Plash-Goo vivía en el llano- habitaba un enano llamado Lrippity-Kang. El enano solía caminar al atardecer por las crestas más altas de las montañas, subiéndolas y bajándolas, y era achaparrado, feo y peludo; y Plash-Goo lo vio claramente.

Durante varias semanas, el gigante había soportado verlo hasta que finalmente le molestó su presencia (como suele ocurrir a los hombres con las cosas insignificantes) y ya no pudo dormir por las noches y perdió el gusto por los cerdos. Y por fin llegó el día, como cualquiera podía haber adivinado, en que Plash-Goo se echó al hombro su garrote y subió a buscar al enano.

El enano, aunque un poco chaparro, era más ancho de lo que pueda uno imaginarse, por encima de la media humana, y más fuerte de lo que los hombres podrían reconocer. La fuerza en su verdadera esencia habitaba aquel cuerpo pequeño, como una chispa en el centro de un pedernal. Mas para Plash-Goo no era más que un ser deforme, barbudo y achaparrado, una criatura que osaba desafiar todas las leyes naturales siendo más ancho que alto.

Cuando Plash-Goo llegó a la montaña, blandió su chimahalk (así llamaba a su garrote favorito) no fuera que el enano le desafiara; y con las manos aferradas a su garrote dio un paso hacia Lrippity-Kang, el cual se detuvo sin decir palabra y volvió su repelente mole para hacer frente a

Plash-Goo.

Para entonces, Plash-Goo se había imaginado a sí mismo agarrando al enano con una mano y arrojándole, con su barba y su detestable envergadura, por el precipicio que desciende verticalmente desde aquel mismo lugar hasta el País que Nadie Desea. Sin embargo, el Destino le tenía reservado algo diferente. Pues el enano rechazó con sus cortos brazos el apresamiento de aquellas manos monstruosas, y zafándose gradualmente de sus enormes miembros con astucia de enano, logró atrapar finalmente el cuerpo del gigante; y poniéndole boca arriba hasta tenerle convenientemente sujeto, como hacen las arañas con algunas moscas grandes, de repente levantó al gigante por encima de su cabeza. Al borde de aquel precipicio, cuyo fondo se perdía por completo en la distancia, dio vueltas alrededor de su cabeza a su gigantesca víctima, primero lentamente y luego cada vez más rápido. Y finalmente, cuando Plash-Goo flotaba en torno a la odiosa mole del enano, y la no menos odiosa barba de éste ondeaba al viento, Lrippity-Kang lo soltó. Plash-Goo se precipitó por el borde en dirección al Espacio, como

una piedra; luego, comenzó a caer. Pasó mucho tiempo antes de que se diera verdadera cuenta de que era él realmente el que caía de la montaña, pues normalmente no solemos asociar a nosotros destinos tan funestos. Mas, cuando llevaba un buen rato cayendo, y miró abajo, donde no había nada que ver, empezando a vislumbrar los minúsculos campos, entonces perdió el equilibrio; hasta que, más tarde, cuando los campos eran cada vez mayores y más verdes (cada vez estaba más terriblemente cerca), comprendió que

efectivamente se trataba del mismo país al que él había condenado al enano. Por fin lo vio inequívocamente, cercano, con sus siniestras casas y sus espantosos caminos, y sus verdes campos reluciendo a la luz vespertina. Jirones de su capa ondeaban al viento.

Así fue como llegó Plash-Goo al País que Nadie Desea.